

El Josefino[®]

Nº 21 Septiembre 2020
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

"REMA
MAR ADETRON"
Pág. 6

EL HOMBRE
QUE DIOS
NECESITABA
Pág. 9

*"Mi amado se distingue
entre millares"*

(Cant. 5,10)

SUMARIO



	Pág.
AL LECTOR	3
ORACIÓN A SAN JOSÉ	4
“REMA MAR ADENTRO”	6
EL HOMBRE QUE DIOS NECESITABA	9
SAN PÍO X Y SAN JOSÉ	10
JOSEFOLOGÍA	12
SAN JOSÉ Y EL AMOR A LA PUREZA	15

... Al lector...

Estimados Josefinos:

Nuestro siglo está marcado por el “*signo*” de la muerte. Pareciera que toda esperanza “*se ha marchado*”. El hombre de nuestro tiempo parece que quiere “manipular”, como sea, a todo el hombre en sí: cuerpo y alma, acapararlo, “destruirlo”. Y el arma que utiliza, de una manera sutil, es el vaciamiento moral y religioso de la cultura.

Si observamos el triste panorama mundial, uno de sus objetivos más definidos ha sido “*envenenar*” las fuentes de la vida. Los efectos de esta magna oleada de *pansexualismo* está teniendo unos resultados demoledores. Allí donde llega “no deja piedra sobre piedra”.

Pero, cuando esos efectos alcanzan el corazón del ser humano, entonces son “palabras mayores”: lo desertiza de todo lo bueno y santo sembrado en él. El demonio, más conocido como el *matador de hombres*, muy bien lo sabe y lo que antes era “peculiar” de una cierta parte de la sociedad, se ha convertido como por “magia” en una pandemia de una fuerza tenaz.

Volver a San José es vital en estos tiempos. Su *castidad*, vivida en plenitud, será la *puerta providencial* para escaparse del “atolladero” del que

muchos intentan salir pero no saben ni cómo ni por dónde empezar. Se hace necesario, trascendental, el auxilio de San José para salvar la civilización cristiana amenazada, y casi ahogada, bajo la “*cultura de la muerte*” –como la definió San Juan Pablo II–

Por eso el retorno confiado a San José es nuestra esperanza. Porque, así como antiguamente el Faraón, en un momento crucial de la historia, dio a su pueblo el mandato de “**Id a José y haced lo que él os diga**” (Gn. 41,55) de la misma manera hoy, más que nunca, se impone una vuelta a él porque será como una *lámpara segura* en nuestro caminar por este mundo de tinieblas.

La Redacción.

Oración

A SAN JOSÉ

*Consagro mi familia completa
a tu paternal protección,
para que la mantengáis
en resguardo discreto y seguro
en estos tiempos.*

*No permitáis, amado San José,
que ni uno solo se pierda
muriendo sin los sacramentos
y sin tu amable y amante presencia.*

*Al lado de cada moribundo
de nuestra familia
te ponemos a ti,
que eres el mayor bien
que el cielo nos ha entregado,
para juntos alcanzar
la gloria celestial.*

AMÉN

Cuando San José se desposó con María le esperaba una lucha interior. ¡Nos es tan difícil liberarnos de nosotros mismos! El que iba a recibir “mucho” tenía que “dar” mucho; el que iba a recibirlo “*TODO*”, tenía que darlo “todo”.

San José había sido elegido por Dios, por eso tenía que infundirle el sentido de una purificación constante hasta lograr la perfección más sublime. Con este corazón de San José Dios tenía que ser extremadamente “exigente”, *como es exigente el amor*. Es en este punto donde empieza la necesidad de “*remar mar adentro*”; sí, dentro de él mismo. Allá, en lo profundo de su ser, lo esperaba Dios. Silencio interior, trabajos continuados hasta llegar a la desnudez del espíritu.

Nosotros creemos que guardando el silencio de los sentidos exteriores tendremos a Dios y, mientras tanto, dejamos la puerta abierta, en nuestra alma, a una algarabía de recuerdos, imaginaciones, castillos en el aire, pensamientos vanos que nos dañan más que el “mismo hablar”.

¡Mira a San José, míralo!: silencio de su imaginación representando solo los encantos del “Amado”, las perfecciones de Dios, la hermosura de su decir y obrar. En nosotros el silencio de la memoria será poner en “sordina” el pasado olvidando personas, escenas, hechos, lugares que pudieran perturbar nuestro interior. Este no era el caso de San José, pero sí el nuestro... ¡tan imperfectos, tan pecadores!

¡Y el corazón! En ese sí hay que guardar silencio. En esa plaza chica del corazón se juega la batalla de nuestra santificación. Es la plaza fuerte del amor y santidad, es cuestión de amor. Silencio de afectos, de simpatías, de apeguillos, de ser estimados, de propias complacencias. Silencio del propio juicio, del amor propio, de la crítica hacia los demás. Es un olvidarse de sí mismo para pensar solo en Él... No escucharse, ni buscar consuelos propios. Silencio de cuanto sepa a mundo. Hay que renunciar al mundo, sí; pero también al pensamiento del mundo para oír las voces “calladas” de Dios.

No así San José: su silencio era total como total era su pureza interior. Las almas interiores se entregan como una presa al amor de Dios. ¡No dejes lo comenzado para volver a ser del “*montón*”! “*No vuelvas a ser vulgar*”, a dejarte llevar del “*con tal que me salve... que otros sean santos pero, yo, no*”

Ayúdale a Dios para que Él te ayude. La santidad es cuestión de dos: *Él y tú*.

¡No te canses de subir hacia Él, no te canses... San José no se cansó!

¿No merece la pena un continuo luchar, morir a uno mismo, por alcanzarlo a Él? Entonces, solo entonces como San José, verás en el mar solitario a Dios; y en el silencio de su altura de Amor oirás su voz. Pero siempre:

“remando mar adentro”

Meditación JOSEFINA

— *“Rema mar adentro”* —





“EL HOMBRE que Dios necesitaba”

Su vida es una vida oscura, oculta, la propia de un simple artesano.

Sí escucha la Palabra de Dios, que iba a serle muy “dura” y “difícil”.

San José es silencio a todo lo suyo para ser escucha de todo lo de Dios, de las órdenes del Señor para responder con prontitud y agilidad. San José no tiene voluntades propias. San José no tiene lengua; tiene oídos: Oye y ejecuta. “Ese es su binomio...” oír para ejecutar. San José fue *incondicional* a Dios.

San José no pone límites al Señor. Se deja invadir por Él.

Eso fue San José. Por eso Dios, al que nadie vence en seguridad, en generosidad, entregó a San José el *don más grande* que hay después de la Maternidad de María: *El patrocinio, la paternidad sobre Jesús* y, en consecuencia, *sobre la Iglesia*.

San José dio su “fiat” incondicional al Señor que lo elegía para padre virginal y protector de su Hijo. Es el servicio que Dios quiso de San José para incoar el Misterio de la Salvación del mundo.

Este es el siervo que Dios necesitaba ¿este es!... No dijo ni una palabra... Aceptó.

(Cfr. P. Rodrigo Molina)



El Santo Pontífice Pío X agregó a las del Papa León XIII, su predecesor, muchas expresiones de devoción y amor a San José multiplicando el número de indulgencias concedidas a la recitación de las *Letanías de San José*, tan queridas y tan dulces para recitar.

San Pío X (1903-1914) aprobó en 1909 el Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos publicando *Las letanías de San José*. Este Decreto precisaba la intervención del Papa en estos términos:

“Nuestro Santo Padre, el Papa Pío X, siempre ha profesado una devoción particular y una profunda piedad para con el augusto Patriarca San José, padre putativo del Divino Redentor, Esposo purísimo de la Virgen Madre de Dios y poderoso Patrono de la Iglesia católica ante Dios, de quién recibió el nombre glorioso en el bautismo”.

Y observemos esa delicadeza de los sentimientos personales de San Pío X: *“el glorioso nombre de San José se aprende desde el nacimiento y es una constante de piedad y religión”.*

En este Decreto también aparecían las razones que se daban para incluir los nuevos favores vinculados al *“culto de San José, Patrón de la Iglesia Universal”.*

SAN PÍO X Y SAN JOSÉ

Con razón
ERES AMADO

(Cant. 1,4)



Josefología

“San José hace la veces del Eterno Padre”

San José desempeñó el oficio de la paternidad haciendo las veces de Dios Padre en la tierra con Jesús. ¡Qué grandeza se descubre en este “hacer las veces del Eterno Padre”! Es una grandeza de dignidad que por su luz deslumbra y por su alteza se hace inaccesible. Solamente lo podemos rastrear.

Su labor fue siempre en nombre de Dios Padre, en su lugar, haciendo sus veces visiblemente. Y esta labor fue tan altísima que su paternidad “se

refundía” en la Paternidad de Dios Padre. De ahí la altísima dignidad de San José ya que, realmente, representaba al Padre con una delegación vicaria y sustitutiva. No eran dos paternidades sino una sola: la del Padre Celestial ejercida y representada por San José.

Así lo afirma de una manera magistral San Bernardo:



“Ya que el Eterno Padre, con suma sabiduría y providencia, este nombre de Padre propio y exclusivo tan solo de Él, lo quiso comunicar únicamente a este esclarecido varón, bastantemente significó con esto a cuán grande dignidad lo levantó y encumbró dándole, justamente con el nombre y en gran parte, el oficio paterno y los cuidados de padre”.

Y Bossuet también lo afirma: “El verdadero Padre de Jesucristo, este Dios que lo engendra desde la eternidad, habiendo escogido a José para servir de padre en la plenitud de los tiempos a su Hijo Unigénito hizo manar o descender, en cierta manera, hasta su seno un rayo o destello, y como una centella, de aquel amor infinito que Él tiene para con su Hijo”.



San José

y el amor a la pureza

F

iel a la inspiración del cielo, San José se consagró sin reservas a Dios desde su juventud.

El amor a la pureza fue para él un manantial de las gracias más singulares. Dios se dignó escogerlo entre todos los hombres para esposo de la Virgen Inmaculada.

Los ojos de María destilaban una especie de rocío virginal que cayendo sobre su corazón lo purificaban más y más.

Cuando tenía la dicha de tomar en sus manos al Verbo Encarnado, cuando lo estrechaba contra su corazón con tanto amor como respeto, sentía en él una virtud que transformaba todo su ser.

Así tú, recibiendo a Jesús en la Santa Comunión alcanzarás siempre mayor pureza.

Ama esta gran virtud sobre todas las cosas porque, como dicen los santos, *nada se le puede comparar.*



Síguenos en:



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo desea, puede contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com